

S.UE(DL)
F(99)

la candela es la

Julia

julia



**YO SOY
VOZ DE LA
MEMORIA Y
CUERPO DE LA
LIBERTAD**

ACTORAS DE CAMBIO

historias de vida
colectiva actoras de cambio

© **colectiva actoras de cambio** 2011

coordinación amandine fulchiron

investigadora angélica lópez

traductora anastasia velasquez

transcriptora petrona velásquez

redacción maria josé perez

edición chuy tinoco

diseño e ilustración laura sánchez cortes

impresión editorial antigrafo internacional

Esta publicación puede ser reproducida en
parte o en totalidad, bajo este o cualquier
tipo de formato, a favor de nuestra vida y

libertad como mujeres,
aquí y en todo el planeta.

Un pedacito de tela

Cuando yo nací, mi papá me despreció porque nací hembra y él quería un varón; era mi abuelita la que cargaba leña para que me pudieran poner en el chuj¹. Mi mamá sufrió: sólo estuvo diez días acostada y empezó a trabajar otra vez; tampoco había maíz y sólo comía un elote con agua caliente.

3 julia

1. Temascal. Baño de vapor.

Fue tanto el coraje de mi papá, que se fue con otra mujer.

El que se alegró con mi nacimiento fue mi abuelito, porque me pusieron el nombre de su mamá. A los quince días se fue a sacar el acta de mi nacimiento y mi abuelita costuró un pedacito de retazo de pantalón para que me pusiera. Cuando crecí nadie me compraba ropa, mi mamá pepenaba retazos para que yo me los pusiera, lo importante era que estuviera tapada.

Crecí con mucha tristeza. Mamá buscó trabajo moliendo nixtamal; las mujeres llegaban a dejar su nixtamal por las tardes y mi mamá y yo nos poníamos a moler toda la noche para tenerlo listo en las mañanas. Cuando cumplí cinco años empecé a cargar leña, a buscar palmas para tejer petate y me iba a la montaña a buscar cosas para comer. Mi papá se mantenía tomando licor y no se ocupaba de nuestra comida. A veces, cuando llegaba a la casa de mis tías, veía la olla de frijol que estaba hirviendo y decía entre mí: "ojalá pudiera comer un poquito". Cuando recuerdo eso me da mucha tristeza.

Después mi mamá se metió a tener relaciones sexuales con otro hombre; lo hizo porque éramos muy pobres y sólo así pudo comprar frijol. Habíamos prestado dinero, debíamos bastante y a veces pasaban dos o tres días y no había nada que comer. El hombre le pagó a mi mamá veinticinco centavos, con eso compró maíz y panela. Yo me sentí muy mal cuando mi mamá me contó eso: "por la pobreza es que me entregué a ese hombre. ¡Perdóname hija!". Daba lástima vernos.

S.UE (DL)
F(19)

Luego tuvo un hijo varón y mi papá estuvo muy alegre, pero conmigo siguió el desprecio, sólo mis abuelos estaban muy alegres de verme creciendo. Cuando mi papá se enteró de que mi mamá se había ido con aquél hombre, alistaba un cuchillo para meterle al señor cuando no hubiera nadie. Mi mamá se pasaba la vida con miedo, mi abuelita la defendía pero eso ocasionaba más problemas, entonces se fue enfermando poco a poco.

En mi aldea, Subajasum, la costumbre es vender a las mujeres, se paga a los papás de las muchachas para juntarse con ellas. Ese pago se da por haberlas criado, por lo que los padres pasaron cuando ellas se enfermaron, por las cosas que se les compró, por eso es que muchas mujeres se escapan sin bendición con el marido.

Cuando yo cumplí diez años, mi papá me iba entregar a un hombre feo que dijo que me iba a comprar ropa. Yo no me quería casar, y menos con ese hombre que era cojito. Mi papá me me majaba² con leña: "no te vamos a dar comida ni nada, si tenés gusto a donde quieras irte, ándate, ahí te van a meter comida en la boca", me decía. Él ya había recibido 12 quetzales, yo corrí, llegué a la casa de mis tías, hermana de mi papá, y ahí me quedé.

Mi mamá llegó llorando a la casa de mi tía: "si ven a mi hija, díganle que se muestre porque va a llegar la familia de ese hombre". Al otro día llegó la familia de esa gente, mi tía se fue a la casa de mi papá y se agarró con el hombre: "vos no

2 Machacar, aplastar una cosa a golpes.

vas a ir a molestar a mi hermanita, ella no te recibió el dinero, no tiene compromiso contigo, si querés llévate a su papá o a su mamá". Cuando regresó me dijo que no fuera a salir, si no, me iban a llevar; ella siempre me defendió para que yo no sufriera. Viví un año allí y me iba con ella a tapiscar la milpa. Siempre mandaba maíz a mi mamá y mandé los 12 quetzales que recibió papá, para que se los devolviera al hombre. Tenía once años cuando mi papá hizo trato con otro hombre viejo; yo volví a esconderme, me llegué a meter adentro del chuj o entre cuevas para que no me encontraran.

Desde que era pequeña mis padres me enseñaron la costumbre: mi mamá rezaba con candelas y veladoras para pedir por cualquier cosa, por ejemplo, cuando no había cosecha. Antes había bailes y ceremonias, mataban ovejas y gallinas cuando llegaba el año maya, todo era celebración, ponían marimba y la gente bailaba. Si había sequía en la comunidad, la gente se levantaba y pedía a Dios por el agua, por la montaña. Los veinte tambores iban a pedir a los cerros para que viniera la lluvia. Había una costumbre en los últimos cinco días del año, que era cuando se castigaban los niños: a los árboles que no crecían o que no daban frutos, les daban sus cinco o seis chicotazos y les decían: "este año no diste frutos, el otro año debes dar para que te quiera, si no, no". Mi abuelo me enseñó y me dejó todos los conocimientos de cómo curar y de cómo atender a una mujer que esté dando a luz. Yo aprendí y cuando tenía doce años empecé a trabajar de comadrona. Mis abuelitos eran parteros, desde el día de nacimiento sabían que yo sería comadrona.



A esa edad me di cuenta de que no tenía ropa; mi mamá compró un pedacito de tela para mi blusa y pasó un hilo de lana para adornarlo. Me dijo: “es justo que te cases para que el hombre te compre ropa y te de comida”, y es que mi papá ya había recibido dinero adelantado. Como yo decía que no, mi mamá me dijo: “¿y el dinero que recibió tu papá, quién lo va reponer?”. Yo contesté: “¿y a mí qué me importa? Yo no recibí ese pisto, que lo reponga él”, y empecé a tejer petate para encontrar mi comida; también la gente me pagaba por arreglar sus palmas, día y noche trabajaba con mi mamá para que mi papá no me siguiera obligando.

Así fui creciendo. Lográbamos comer y que comieran mis dos hermanos y mi hermana. Éramos siete pero se murieron tres, dos mujeres y un varón. A los trece años mi mamá me volvió a decir: “ahora hija, gracias a Dios lograste pasar otro año, te vas a casar con un hombre de Bilil, él te va a comprar ropa y va regresar el pisto que tu papá había recibido del otro hombre”. Yo dije: “¡no me caso!”. Y mi mamá me contestó ya muy seria: “hija, es justo, tienes trece años, ya vas a ver tu regla, es normal que te tengas que ir”. Mientras estábamos discutiendo, vi que llegó la familia del hombre con un quintal de maíz, mi papá se alegró porque no había nada en la casa. En ese mismo rato me entregaron.

Los hombres grandes

Cuando llegué a la casa del hombre me di cuenta de que era ya grande, como de veinticinco o treinta años y me espanté mucho; ese señor ya había tenido una mujer antes. Lo que hacía es que me sentaba a la orilla del fuego y esperaba que todos se durmieran para irme a dormir con una de sus hermanitas, pues él tampoco me exigía que durmiéramos juntos. Al mes se dio cuenta el papá del hombre que no dormía con él y vino el chicote sobre nosotras. También al hombre le pegaron y él dijo: “¿Qué ustedes no piensan? ¿Cómo creen que yo voy a dormir con esta mujer? Ella está muy chiquita todavía, no es justo, la puedo matar, y si se muere, ¿quién es culpable?”. Yo me sentí muy contenta pero en ese mismo rato saber qué trato arreglaron, empezaron a cargar un caballo con leña y nos mandaron a visitar a mi mamá.


Cuando escuché que me tenía que ir con él, me adelanté, tenía miedo de que me violara en el camino. Cuando estábamos cerca de la casa, me metí en el monte; por la noche entré a la casa de mi abuelita y me metí en el cajón en donde juntaba el maíz, ahí tuve que aguantar hambre, sólo comía los granitos crudos de maíz que había en la caja; a veces mi pobre abuelita llegaba a dejarme un poco de comida. No aguanté estar en la caja mucho tiempo y me fui a meter a una cueva; a los quince días mi mamá se dio cuenta, según ella yo había regresado con el hombre. Así me salve de él.

Era yo una muchacha de trece años y quería mi ropa; empecé a juntar pollos para vender, con eso compré una blusa y un

corte usados, un listón para mi pelo y un par de zapatos, y me fui a la finca a trabajar. Ahí estaba trabajando cuando un hombre de San Mateo Ixtatán se enamoró de mí; yo no sabía que mi papá ya había hecho trato con él. Ese hombre vio que un muchacho llamado Alonso que era de Yolakitak, me seguía, y le dio queja a mi papá.

El señor de San Mateo se llamaba Antonio. Me molestaba mucho, un día agarró mi mano y yo le dije: “no me molestes por favor, no te conozco. Me va a ver mi papá, también hay mujeres en tu pueblo”. Yo decía entre mí: “¿acaso este hombre me va a querer? No, todos son iguales”, me preocupaba mucho porque tenía mala suerte. La gente decía tenía mujer en el pueblo, por eso nunca le hice caso. Una mujer que él tenía, me dijo: “ahora vos, Juana, te cuidas, te va a pegar tu papá. Te vio cuando te paró un hombre”. Al llegar a la casa mi papá me agarró a puños chicotazos, así como se les pega a los animales, con patadas y todo; al ratito me hinché y me dio resfrío, toda la noche estuve enferma.

Mi tía, esposa del hermano de mi papá, me vio y me dijo: “¿para qué estás sufriendo todo esto? Si de por sí tenés que tener marido, a lo mejor este hombre te va a querer. Ándate, así se va arrepentir tu papá, se va dar cuenta si es bueno lo que te ésta haciendo”. Yo le dije: “mejor no me voy. No lo conozco bien ni he hablado con él y es de tierra lejana”, y ella me volvió a decir: “nomás vete, podés regresar después. Mira cómo te hace tu papá, estás sufriendo mucho”.



A los dos días fui a juntar café y llegó mi papá a decirme: “qué bueno, bonita mañosa. ¿Qué trato fuiste arreglar con el hombre, por qué viniste? ¡Ándate!”, y rápido se fue a traer un machete para meterlo en mi boca y matarme. Ahí estaba otra vez mi tía y me dijo: “te hubieras ido, tu papá te va a matar. Ándate, te vas a salvar, ya no te van a dar chicote. ¿Sólo porque ese hombre agarró tu mano tu papá te va a matar? Si querés, después te podés separar de él”. Entonces me decidí y le dije a la señora: “haga favor de ir a decirle que sí me voy a ir”. Hice eso para salvar mi vida, aunque no sabía si me quería o no.

Me fui pero él me golpeaba; entró en mí cuando todavía no me había bajado la menstruación y me salió sangre. Yo no sentía amor por él, era obligado. No le conté a nadie lo que mi marido me hacía, ni a mi mamá ni a mi papá, me quedaba sola llorando. Él me dijo: “ya no tengas pena, porque estás chiquita todavía, por eso sucedió eso”. Él seguía a otras mujeres y tomaba mucho. Yo trabajaba de cafetear. Sólo vivió conmigo tres meses y me abandonó; quedé como un chucho perdido, me dejó para la fiesta de San Rafael y se regresó a San Mateo Ixtatán.

Tristeza

Tenía quince años y ya me sentía un poco grande cuando me fue a pedir un hombre de Jolotenam que supo que ya estaba viviendo otra vez con mi familia. Ahí sí estuve de acuerdo, ni modo, ese hombre sí era joven, aunque en su casa eran muy pobres, pensé que me iban a poner un poco de ropa, a comprar comida, a servir, pero me pasó igual.

Un día estaba yo arreglando la cama de mi suegro, quería arrimar la olla de maíz y la quebré. Mi suegra me dio chicotes sin lástima, desde entonces siempre hubo pleitos. A veces cuando estaba tejiendo petate o cuando mi frijol no se había cocido bien, mi marido se venía con patadas y manadas en mi cabeza, en mi cara o en mi ojo y me dejaba hinchada. No tenía leña, ¿cómo se iba a cocer bien la comida? Sólo si juntaba olote. No tenía ropa, toda estaba bien rota, hasta mis trencitas las amarraba con trapo, tenía que salir a ganar para comprarla. Fue duro lo que pasé en ese tiempo, mi esposo daba muy poco para el gasto y no alcanzaba, lo demás se lo chupaba y cuando me pegaba me daba con la hebilla del cincho, me lastimaba hasta que me salía sangre, y como mi pelo era muy largo, se lo enrollaba en las manos y me tiraba lejos, llegaba a caer hasta afuera de la casa.

Yo no quería a ese hombre, me junté porque tenía necesidad de ropa y comida; pensé estar con él para acompañarlo, pero él me enseñó a compartir la cama. Yo sentí que había sido como una violación, le tenía miedo; todas las tardes me sentía triste y molesta cuando iba entrando la noche. Me dormía muy tarde porque no me gustaba que me tocara. ¿Acaso yo sabía algo de eso, pues? Mi mamá no me había contado nada, hasta después de que me había pasado habló conmigo: “tienes que dormir con tu marido, él te va a hacer algo, ese algo es nuestro trabajo con ellos, por eso nos llevan. Es tu obligación tener la relación sexual. Te va a joder, se dice, de eso va a salir tu comida, para eso servimos a los hombres”.

En las noches mi marido me tocaba, yo a veces me defendía y a veces no. Entonces me regañó y me dijo que cada poco él iba a estar encima de mí. Yo le contesté: “no, me puedo enfermar por tu culpa”. Como era comadrona, había aprendido que los hombres sólo nos deben molestar una o dos veces a la semana, si no, nos enfermamos y nos ponemos feas. “No me vas tocar mucho, si tenemos relaciones sexuales a diario, me puedo enfermar, me tienes que respetar” le dije, y él contestó: “ah, tal vez tenés otro marido, por eso no querés”. Yo le dije: “yo no soy como usted, tal vez es usted el que tiene otra, si quiere mejor váyase con otra mujer”.

Él me obligó, me caí en la cama, gritaba y lloraba y él metió un pañuelo en mi boca. Yo le pegaba cuando me hacía así, una vez lo golpeé y fue a quejarse en la casa de mis papás; mi mamá platicó conmigo y me dijo: “vos te fuiste con el hombre. ¿Lo querés o no lo querés? Hay que dormir contentos y

alegres, no vayas a tener miedo”, pero a mí nunca me gustó que me tocaran, siempre tenía miedo.

Todavía tenía quince años cuando quedé embarazada. La comadrona me dijo que a los seis meses mi esposo debía dejar de molestarme, sino, iba a matar al bebé. Me fui a contarles a mi esposo y a mi suegra, pero a él nada más le dio risa fui a decirle a mi suegro y a mi esposo le llamaron la atención. Lo que hizo fue pegarme y se buscó otra mujer, tuvo cuatro mujeres durante el tiempo que estuve embarazada.

Con una de esas mujeres se juntó y me dejó. Mi suegra me llevó a su casa para cuidarme y después de que nació el bebé, el hombre regresó. Me junté otra vez con él y vivimos así hasta que murió mi hijo al año y medio; tal vez se murió por la tristeza, pero a mí me echaba la culpa mi marido: “vos por puta que te dejas con cualquier hombre, por sinvergüenza, por abusiva, por tu culpa murió tu hijo”, y me pegaba, agarraba mi pelo, me tiraba en el suelo, me pateaba, me golpeaba. Mi mamá no decía nada cuando el hombre me trataba mal, le tenía miedo porque la había amenazado: “Ah, no me vayas a molestar, si no te voy a dar un machetazo”, le dijo.

Yo siempre lloraba y me daba vergüenza que mi suegro y mi suegra me regañaran: “tendrás que acostarte con mi hijo, por eso te casaste con él. Si no, ¿qué ganancias tiene con vos?”. Yo no decía nada; a veces peleando, a veces estaba contenta con él; si me enojaba, más me golpeaba, y aunque no tenía confianza tenía que hacerlo, sin pensarlo, para evitar problemas. Pensaba: “¿para qué pleitos? Ya no me van a dejar comer, mejor me acuesto con él aunque sea siempre con coraje”.

Además no había maíz ni frijol, y cuando se conseguía se lo daban a los hijos de mi suegra y yo me quedaba sin comer. Milagro de Dios que algunos vecinos me regalaban tortillas cuando les sobraban; no tenía desayuno, ni almuerzo, ni cena, comía lo que sobraba en la noche y tenía que aguantar. Según mi mamá, iba a gozar. Durante el tiempo que estuve en esa casa tejí una docena de petates, trabajé, lavé ropa, pero al final nadie reconoció lo que hacía. Llegaba mi marido y, tuviera o no delito, me pegaba, dejaba mis brazos todos morados.

Me ponía a rezar pidiendo bendición a Dios porque pensaba que ese hombre me iba a matar: “¿será mi suerte, mi destino?”. Le dije: “me vas a matar. No me compraste con mucho dinero, diste 17 quetzales a mi papá. No me dan de comer ni tengo ropa”. Ya mero me moría, me tuvieron que llevar al hospital de Mazatenango y ahí me pusieron inyecciones; después me llevaron dos meses al hospital en Guatemala porque ya no sentía nada. Dicen que lo que me dio fue empacho por causa de tristeza, era bien feo, mi cabeza sangraba y a ratos me daba una cosa que agarraba leño o cualquier cosa y me golpeaba la cabeza, me miraba como tonta.

Me daba coraje porque mi marido no buscaba nada para mí, de mi trabajo yo compraba maíz, azúcar, panela, chile, sal, y él se iba con sus novias o a trabajar a otro lado. Me enojaba mucho y no podía decir nada, no podía ponerme a alegar, yo era responsable de todo y él se pasaba la vida chupando, a veces se llevaba su machete pero no traía leña, sino que se iba al monte con las mujeres. Me volvió a llevar a la finca a

trabajar en el corte de café; ahí tuvo otra amante y yo con mi hijo a veces no terminaba mi tarea y tenía que hacer dos días para que me pagaran. A veces tenía que trabajar en donde había nidos de hormiga que picaban a mi bebé y él empezaba a llorar. Mi marido no me hacía caso; cuando me pagaban, agarraba mi dinero y no me daba ni un centavo. Yo mantenía a quince hombres en la finca, arreglaba desayuno, almuerzo y cena, en la tarde lavaba la ropa de los trabajadores y no tenía pago, él lo tenía todo. Cuando estaba de buenas, era cariñoso y cuando estaba de malas, era difícil, me decía que como había dejado a mi otro marido, así le iba a hacer a él, pero yo le contestaba que no andaba buscando hombres. En una ocasión me macheteó y quiso cortarme el pie para que no anduviera con otro.

Una noche soñé que no era mi suerte vivir con ese hombre. En el sueño me dijeron que lo dejara, que saliera del sufrimiento, de la tristeza: “saldrás de la vida que tiene, que es muy mala, hay un hombre con el que te vas a juntar, es verdad que tú no lo quieres y que no piensas en él, pero te va a cuidar, vas a tener hijos con él y vas a gozar. Si dejas a este hombre, en quince días ya tenés otro, pero tenés que huir”. Creo que Dios fue el que me habló en el sueño, porque veía mucha luz. Yo pensé que iba a ser con uno de Subajasum, pero no fue así.

¡Sal de la vida que tenés!

Así me separé de ese hombre. Dejé toda su ropa lavada y remendada, en un vaso grande de peltre eché brasas y planché la ropa, la metí bien envuelta en una bolsa y me regresé llorando; mandé a mi hermano a que entregara a mi cuñada 40 quetzales que mi esposo me había dejado cuando se fue a trabajar en la finca

Cuando salí de esa casa, ese mismo hombre fue a pedirme de nuevo; dicen que llegó llorando, pero yo ya no me quise ir, entonces se fue a Nentón a demandarnos a mi papá y a mí para que le devolviéramos el dinero que había pagado. Nos llevaron a la cárcel, yo declaré que mi papá había sido el que me obligó a casarme y eso que el dinero que dieron a mi papá era voluntario, porque es la conciencia de los suegros que tienen que pagar; el caso es que sólo se paga una vez por la mujer, pero si se ha juntado antes, el dinero que se pide es para devolverle al otro hombre el pago que hizo, ya no es el papá el que lo recibe sino el primer marido, por eso es que se paga varias veces hasta que la mujer se quede ya con uno.

Pedimos prestado para pagar el dinero que nos exigían. Mi papá me pegó, me dijo: "acaso yo te entregué con ese sinvergüenza otra vez". Me fui a trabajar a la finca con él para reponer los 17 quetzales que nos pidieron de castigo en el municipio. A duras penas juntamos; en la finca era contrato por jornales, tuve que hacer cuarenta y cinco jornales durante dos meses para pagar, después me quedé trabajando en la finca y ahí junté un poco de dinero.

Estaba ahí cuando me di cuenta de que llegó el hombre de mi sueño y me dijo: “te voy a querer para todo el tiempo. Te amo con todo corazón, te voy a comprar ropa, te voy a mantener, voy a trabajar”. Yo le dije: “a ver si es verdad, porque vivo una vida amargada, me he tenido que escapar y el hombre que dejé se la pasaba borracho, me mantenía con pueros golpes, yo parecía un animal para él, sólo fui a sufrir a las fincas. A lo mejor así me vas hacer otra vez”, y él me contesto: “yo sí me comprometo a cuidarte y si querés, vivo en tu aldea. Yo vivo lejos, hasta arriba de San Felipe Retalhuleu, pero si querés vamos a visitar a tu familia. ¿Te querés ir conmigo o querés que yo vaya a vivir contigo? Voy a conocer tu lugar, si tienen tierra o no”. Yo dije: “si es tú verdad, ahí podemos comprar tierra poco a poco. La gente de allí no va a las fincas, trabaja ahí mismo cosechando maíz y frijol, entonces podemos trabajar los dos. Yo tejo petate y vos trabajas, así vamos a comprar nuestras cosas. ¿Qué más queremos?”.

Habían pasado seis meses desde que me separé, cuando murió aquel hombre de Jolotenam. A mí no me habían contado, tenían vergüenza, pero yo pregunté a sus compañeros y me dijeron que se había muerto en un combate, que había quedado debajo de un carro cuando los soldados lo mataron, porque él era parte de la guerrilla. Eso fue en el 80, cuando se empezó a organizar a la gente.

Después, como el señor que iba a ser mi nuevo esposo andaba trabajando, los que habían sido mis suegros me mandaron llamar y me fui a platicar con ellos en una finca a las orillas de Mazatenango. Me dijeron: “¿cómo te sentís de que

tu marido se murió?”, yo les contesté: “a mí qué me importa, que se muera porque me hizo sufrir”. “Sí”, me dijeron, “como vos ya estás con otro. ¡Por tu culpa, vieja puta, por eso se fue mi hijo, por eso se murió! Por tu culpa así se quedó, por tu porquería!”. Ya no contesté nada, no sentía nada porque él me pegaba mucho.

Después me dijo mi nuevo marido que si era cierto lo que habíamos hablado, me fuera con él a su tierra, en el pueblo de Suchitepéquez. Me fui con él dos años. Él llamó a su papá por teléfono y su papá nos fue a traer en carro; yo dejé todo listo y huí. A las tres de la tarde ya estábamos en la casa de mi nuevo esposo. Durante los dos años que estuve en la casa de mi esposo, cuidé a su papá y a su mamá, les lavaba su ropa y les daba de comer.

“Son tus ganas, m’ija, son tus ganas”

Mi suegra era kaqchiquel y mi suegro quiché. Ellos cambiaron mi ropa, hicieron mi blusa y me dieron corte plegado como el de mi suegra; después me compraron dos cortes y dos blusas y al siguiente mes me compraron otros dos cortes y otras dos blusas, también me compraron cuatro delantales y cuatro pares de zapatos. Ellos no querían que mi esposo me pegara, no lo dejaban. “Esa mujer es trabajadora”, le decían, pero él un día me pegó: “ah, tal vez sos puta, tal vez sos sinvergüenza, como dejaste a tu marido así me vas a hacer”, me dijo. Antes me había escrito una carta en la que decía que me quería y que no me iba a decir nada porque ya había tenido otro marido,

por eso es que me peleé y le dije: “en la carta decía: ‘cásate conmigo, yo no te voy a hacer nada, no vayas a pensar que vas a sufrir’. Si está sucediendo no es posible”.

En la familia de mi esposo eran rancheros, que no tenían terreno sino que les pagaban por cuidar la finca. Yo hacía la comida con mi suegra, cocinaba nixtamal, cocía el frijol y hacía tamalitos con hoja de maxán³. Trabajaba duro, me levantaba a las una o dos de la mañana para moler bastante maíz y a las cuatro preparaba el desayuno, el almuerzo y la cena de los trabajadores y de la familia; eran como veintitrés personas a las que había que alimentar y costaba, se molía en pura piedra pues no había molinos y había motor hasta Pueblo Nuevo. Muy temprano tenía listos sus cafés, sus huevos y su mosh⁴ para que llevaran al cafetal.

Había ahí otras dos mujeres, pero ellas nomás dormían y yo trabajandó desde temprano en la cocina. ¡Já! Cuando comencé a trabajar así, me dolían los brazos, sentía que me caía del dolor, me daba mucho miedo y hasta me ponía a temblar cuando iban a dar las cuatro de la mañana, cuando tocaban la bocina para que la gente se fuera a trabajar y yo no había terminado la comida.

Luego me fui con mi esposo a trabajar en una finca; hacía uno o dos quintales de café por día, tenía que cargarlo para llevarlo a la secadora y por joder, él me decía: “mejor hay que

3 Hoja silvestre con la que se envuelve el tamal.

4 Avena.

hacer dos viajes para cargar todo el café”. Cuando llegaba yo con el segundo viaje, me recibía con una patada y me decía: “tal vez hablaste con un hombre. ¿No encontraste a uno en el camino?”. Yo no me encontraba con nadie, si en el camino temblaba por los mata gente, le tenía miedo a los choleros. Me aburrí y pensé: “mejor me regreso, ¿para qué voy a estar sufriendo?”. Ya tenía cuatro meses de embarazo. “Ya no voy a aguantar, mejor vámonos”, le dije, y nos regresamos a la casa de mis suegros.

En ese tiempo yo vendía gallinas, huevos o cerdos; hacía arroz, tamales, atol de ese que le dicen shuco⁵, que se deja remojar dos días antes para que el maíz agarre un olor diferente; también hacía mosh y muchas cosas. Como sólo éramos mi esposo y yo, lográbamos conseguir más dinero, aunque de tanto trabajar me quedé débil y cuando tenía relaciones sentía bien feo, entonces mi suegro me puso unas inyecciones para que tuviera fuerzas. “Mi nuera es muy trabajadora”, decía, me compraba frutas, pan, queso, de todo compraba él. “Toma tu incaparina⁶, toma tu leche”, me decía. Me apreciaba mucho, aunque también pasé sufrimientos y cuando le contaba a mi mamá, ella me decía: “son tus ganas hija, son tus ganas”.

5 Hecho a base de maíz fermentado, agua, sal y semillas de ayote molidas.

6 Suplemento proteico y vitamínico desarrollado por el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá, con el que se combatió la desnutrición en las regiones de Guatemala donde no abunda la carne ni la leche.

A ganar dinero en México

Tuve mi primer hijo y mi suegro me dijo: “anda con tu papá a traer el boleto de nacimiento. Este niño es varón y lo vamos a registrar aquí en Retalhuleu”. Mi suegra me dijo que me fuera sin nada porque no querían que me regresara a mi casa. A escondidas me traje dos cortes y dos blusas y me fui con mi esposo a Subajasum. Él iba diciendo que saber qué iba a decir mi papá, no sabía si era bueno que llegáramos o no, tal vez nos iban a meter a la cárcel. Me compró un corte de cincuenta quetzales, otra blusa y un suéter y cuando llegamos, les dio quinientos quetzales a mis papás.

Luego se fue a trabajar al estado de Tapachula en México; cuando regresó llevaba dos cortes que había comprado en Ojo de Agua, uno para mí y uno para mamá. Ella se puso bien contenta: “Chico, come, come”, le decía en idioma porque ella no sabía hablar castellano, yo traducía.

Me llevaba bien con mi marido, aunque no sentía amor por él. Pensaba que no se podía quedar mi amor con un hombre fuera lo que fuera, lo importante para mí era que me pudiera salvar de todo. Sentí que ese señor sí me quería mucho y me compraba mis cosas, cuando ganaba dinero se lo entregaba a mi mamá, traía quintal de maíz, de fríjol, cuando quería comer gallina mandaba a mi mamá a que la trajera. Cuando mi papá se dio cuenta del comportamiento de mi esposo, se empezó a portar bien. Mi esposo le daba dinero cuando andaba tomado: “tené, anda a tomar pero no vayas a maltratar a mi suegra”. Mi papá le contestaba que él no le pegaba a nadie, pero cuando

se le acababa el dinero llegaba y decía: “¡tengo sequía! ¿No hay un hombre que me dé dinero?”.

Mi esposo me dijo: “vamos a comprar un terreno”, y yo respondí: “mejor vamos a pedir a mi papá”, pero él seguía diciendo. Entonces le dije a mi mamá: “vamos a ir a ganar a Chiapas”, y ella se quedó llorando. En el corte de café ganamos como mil quinientos quetzales y cuando regresamos compramos cinco cuerdas de terreno; también mi papá me dio un terreno de diez cuerdas, a duras penas, con berrinche y mala cabeza.

Si mi esposo tomaba también cambiaba. Un día que andaba bolo me metió una patada y hasta a mi mamá golpeó porque le dijo: “ahora te mantenés bolo, chico. Deja ese trago, ya tenés familia”. Él se puso bien bravo y le dijo: “¡ah! ¿Qué chingados tenés que ver vos conmigo? Si querés estoy con tu hija y si no, que se coma su mierda”. “¡Váyase!”, le dijo entonces mi mamá y él se vino directo con una manada y se cayó. Después mi marido golpeó a mi papá. Cuando salió el trago de su cabeza les pidió disculpas pero nos regañaron a los dos. “Ya tienes hijos con él, por lo menos este trabaja aunque me pega, pero viene y trae dinero, trae maíz y leña. Déjalo, tenemos que perdonarlo. ¿Qué vamos a hacer?”, me dijo mi mamá. Después de eso ya venía él con dinero, a veces traía aguacates y los entregaba a mi mamá.

En mi comunidad no había problema para separarse cuando uno se juntaba, era unión nada más, si uno quería se quedaba junto y si no, no; nadie podía obligar a la mujer a que se juntara otra vez porque era su vida, la mujer podía decidir irse si el hombre era muy malo.



Agua para limpiarme

Cuando fue la guerra, había un responsable de la guerrilla en la comunidad, era un hombre indígena, pero también había ladinos y otros que eran de El Salvador. Ellos vinieron aquí a organizar: “no vayan a tener miedo, si vienen los soldados hay que correr a las cuevas, no se dejen morir, luchamos por nuestras vidas”, nos dijeron. Nosotros estuvimos apoyando un año dando comida y dinero, les llevamos tortillas y huevo, y a veces cooperábamos con 5 o 10 quetzales, lo que pudiéramos dar. Los guerrilleros se querían llevar a mi esposo, le decían ‘compañero’, pero él no se fue, sólo se quedó apoyando y participando en las reuniones.

Hubo también un hombre que llegó a organizar a las mujeres solas y viudas para que trabajaran lavando ropa y cocinando; era un salvadoreño, siempre hacía reuniones aparte de hombres y aparte de mujeres, pero esas reuniones sólo dilataron como dos meses.

Ya había pasado esa organización cuando un día estaba yo solita atrás de la casa de mi mamá, tejiendo petate y con mi ñene chiquito acostado a la par mía. Cuando lloraba le daba de mamar para que durmiera. En eso estaba cuando llegaron una mujer y un muchacho; le pregunté a la mujer si eran de la guerrilla, ella no me contestó, agarró las tortillas y se fue. El hombre se quedó, me agarró a la fuerza, me violó. Yo quería golpearlo, pero semejante chucho, me agarró con una sola mano; yo quería gritar pero tapó mi boca. “¡Ay!, ¡ay!”, decía yo, pero no había nadie que fuera a ver qué me estaba pasando. La casa de mi mamá estaba en el centro de la comunidad y no había casas cerca; era la mera hora del almuerzo, estaba todo silencio. Cuando terminó, me dijo: “tenga mucho cuidado, no vaya a contar nada, si le preguntan no lo vaya a contar, si no, le voy a dar un chiltepe⁷”, yo sólo estaba llorando.

Me fui a mi casa pero no le conté nada a mi esposo. ¡Já! Si le contaba, me mataba. Me sentí muy mal, pensaba muchas cosas; por momentos había pensado en golpear al hombre pero no pude porque él cargaba arma y yo tuve miedo de que me matara. Pensé que de todos modos me iba a soltar, yo temblaba. Faltaba también lo que le iba a decir a mi esposo: “si le cuento a lo mejor él me va a matar con cuchillo, con navaja o tal vez a machetazos”, eso fue lo que pasó por mi cabeza.

7 Balazo.

Me la pasaba llorando cada día, cada noche. No le dije a nadie, sólo mi mamá se enteró. "Mamá, esto y esto me hicieron", y mi mamá me respondió: "¿será porque no tenemos tierra? Por eso nos venimos a vivir aquí. ¿Será porque no tenemos un sitio fijo? De lo contrario ya nos hubieran ayudado. Aunque fuese así, ellos están en su derecho, ¿qué podemos hacer?". Lloré con mi mamá sin poder decirle a mi esposo, ni a mi papá; toda la vida estuve con esa bola de tristeza y dolor en mi corazón. Iba a rezar a la iglesia y como a los tres meses llegó el anuncio de que ese hombre era de Patacal y que lo habían matado; yo sentí alegría porque me había hecho mal.

Me quedé asustada después de la violación, le tenía miedo a las cosas y más cuando mi esposo me tocaba. A veces sentía que mis papás pensaban que era una mujer de la calle; mi conciencia quedó mal, me sentía sucia. La violación es obligada, en cambio con el esposo existe un acuerdo. Me quede débil, me puse amarilla y pálida del susto, y me hinché; me dio mucha tristeza lo que me pasó, nunca nadie me ayudó para curarme, salí adelante sola tomando hierbas de Santò Domingo, de Chobejón y Pericón. Me bañaba con plantas, me echaba crema, entraba en el chuj, me pasaba huevos y tomé agua espíritu para limpiarme porque tenía miedo de que mi cuerpo quedara infectado, y también para curarme del susto. Gracias a Dios sólo hubo daño en mi matriz, porque me golpeé cuando el hombre me botó y porque hice fuerza para defenderme.



“Mejor regresémosnos”

El calambre mató a mi mamá cuando ella todavía era muy joven. Yo la recuerdo bien, era muy buena conmigo y me quería mucho. Me regaló una gallina y un marrano para que los creciera, eso lo vendí y con el dinero que junté, hice una casita.

En el año 82 hubo mucha violencia, nos fuimos dos o tres meses a Chacaj para ganar un poco; mi esposo se iba a trabajar y las mujeres nos quedábamos en la casa. Ahí llegaron los guerrilleros a avisar que los soldados decían que la gente que se había quedado en sus casas eran subversivos y que los iban a sacar con lazo y a dejar tirados, muertos, cerca del río. Todavía le dije a mi pobre esposo: “ándate a la casa a traer a nuestra gallina, vamos a vender, vamos a ver qué ganamos”. En nombre de dios se fue caminando, luchando entre un cerro por donde no caminaba la gente; vio a los soldados reunidos en Ojo de Agua y cuando llegó al mero pueblo de Chacaj, había muertos. Se asustó mucho y se fue corriendo; las gallinas que él llevaba las compraron por 30 quetzales.

Como ya no teníamos mucho que dar a los guerrilleros y de todos modos nos estaban matando, mejor huimos; fuimos a refugiarnos a Sayula, una finca del estado de Tapachula. Yo tenía nueve gallinas, logré vender tres y las demás se quedaron perdidas; se quedó mi piedra, mi molino, mi milpa, mi frijol y toda nuestra ropa; pensé que iba a volver a mi casa, pero ya no pude.

Cuando veníamos por el camino escuchamos que estaban tronando bombas y vimos cómo estaban quemando la aldea Petanac, ahí en San Mateo Ixtatán. ¡Dios padre! En Sayula llegamos a sufrir porque no había mucho café, sólo cortábamos un canasto al día, a duras penas logramos encontrar un poco de dinero. Yo temblaba por el miedo porque oí que había muerto mucha gente en Bulej, en San Francisco, en Yalambojoch. Pensé que había muerto mi familia que estaba viviendo en Subajasum.

Nos íbamos a un cerro con mis dos hermanitas y otra compañera, ahí llegábamos a llorar y decíamos: “¡ojalá fuéramos zopilotes para ir a ver cómo está nuestra aldea, para ir a preguntar qué le pasó a la gente, si se murieron nuestras familias!”. Yo tuve que dejar a mi hijito, por eso me enfermé, me dio un ataque de tanta preocupación, del dolor que sentía en mí y tuvieron que llevarme al hospital en Tuxtla.

En el tiempo que estuvimos en el refugio crecieron mis dos hermanitas y la hija de mi sobrina; nos pasamos a la colonia Gracilia, ahí dormíamos en un ranchito propiedad de un señor que ponía bien bolo a mi esposo y le decía: “Francisco, dame permiso de dormir con tus cuñadas”. Yo escuché eso y me puse a orar. Ese hombre me agarró a la fuerza, por eso me

pasé llorando como un año, le pedía a dios para que nos sacara de ahí. No dejaba que mis hermanitas salieran solas y las fui a recomendar a la casa de una señora cuyo su esposo se había ido a Estados Unidos. Fueron a dormir ahí por seis meses. Regañé a mi esposo por ponerse bolo, le dije: “¿por qué te embolás, querés que ese hombre me viole?”, y decía él: “si pasa eso me voy a morir de la tristeza”. Nos pusimos a llorar juntos. “Dejá ese trago, mejor regresémonos, por favor, regresémonos”. “Si me regreso, ¿quién me va a encontrar en el camino? Iría a morirme”, decía mi esposo.

Luego llegó mi papá con sus maletas, a llevarme. ¡Dios padre, qué alegría! Parece que Dios me escuchó. “Vamos hija, estoy perdiendo mucho dinero por ti, vendí mi maíz y mi frijol para irte a buscar a Sayula y por poco me muero del hambre. Vaya que supe que estás aquí, estoy triste por ti”. Entonces le dije a mi marido: “me voy, si querés te quedás pero yo me regreso, voy a morir pero en mi tierra”. Estaba otra vez embarazada de nueve meses, pero de todas formas me vine caminando. Así llegué a Amparo, a Santiago, a Gracias a Dios y hasta en Guaxacaná dormí.

En el camino había patrulleros cubiertos y cuando pasamos nos quitaron nuestras maletas, las sacudían pues pensaban que traíamos armas, que éramos guerrilleros. Nos llevó la patrulla, no llegamos a nuestra tierra sino que estuvimos delante del juzgado. Ahí hicimos nuestro fuego y cocinamos la hierba que recogimos en el camino, comimos con vergüenza delante de toda la gente y con nosotros llegaron los vecinos a dejarnos tortilla y güisquil. Estuvimos así una semana.

Después fuimos a presentarnos con el comandante al destacamento de Yal ix k'aw, porque en ese tiempo no había alcalde. El comandante dijo que yo hablaba como mexicana: “¡Já! Que esa mexicana no me conteste”, decía, y yo temblaba del miedo, sentía que nos iba a matar. Luego nos llevaron con el teniente para que nos dieran refacción; nos dieron ocho almud⁸ de maíz y dos almud de frijol. Eso lo cargó mi esposo y nos fuimos a la casa de mi papá. Eso fue en el mes de septiembre y octubre del año 1989, yo tenía como veinticinco años de edad.

Por la pobreza...

En Subajasum todavía había bastantes personas, muchos no habían salido. “Aunque nos muramos, nos morimos, qué vamos a hacer”, pensaron ellos. La gente que se quedó fue obligada por los soldados a hacer rastreo; ellos iban adelante del ejército. Cuando los hombres se iban, los soldados entraban fácil en las casas para aprovecharse de las mujeres.

Un hijo de mi sobrina que vive en Bulej, murió haciendo rastreo, lo mató la guerrilla y él era jovencito todavía. Mi esposo no hizo rastreo, pero no podía salir a comerciar. Yo fui a encontrar a mi hijo, ya estaba grande, como de siete años. No teníamos dinero y mis hijitos querían comer: “denos tortilla, aunque sea con sal”, decían.

Volví a mi ranchito pero ya no parecía mi casa. Los soldados la habían quemado y se llevaron mi coche; me dio tristeza

8 Almud. Medida de capacidad para granos.

porque tenía sembradas veinte cuerdas de milpa con frijol y chilacayotes⁹, ya estaba floreada mi milpa y jiloteando¹⁰ mi frijol cuando me fui, ya no lo coseché, perdí todo lo que tenía. Le pregunté a mi papá si él había logrado cosechar algo de mi siembra, pero él me dijo que no, que no lo dejaron, que fue el comandante y los patrulleros quienes cosecharon y vendieron la milpa y el café de los que nos fuimos al refugio.

En el refugio tuvimos que quitarnos nuestra ropa. Yo me sentí mal de usar vestido, sentía como que tenía mucho frío, como que no andaba con ropa porque la tela era muy delgada y me daba vergüenza. Cuando volvimos a nuestras comunidades, toda la gente se nos quedaba viendo, poco a poco pedimos ropa y recuperamos nuestros trajes.

Por la pobreza fue que murió mucha gente. Los soldados fueron enviados por los ricos a matar a los pobres; en la guerra había una buena relación entre indígenas y guerrilleros, nos defendíamos los unos a los otros, pero el dolor y la tristeza que yo guardo es por la violación, los que rogaron por nosotros no nos dieron muchos de nuestros derechos, sólo algo se logró y es que la gente tiene tierra ahora.

Cuánto miedo nos quedó con la guerra, cuánta muerte, cuánta sangre se regó, cuántos hombres violaron a mujeres. En ese tiempo caminábamos con miedo, con llanto, ya sólo Dios estaba con nosotros. Cuando me violaron sentí que era un pecado, pero fue pecado de ellos, ellos fueron los que hicieron

9 Calabaza blanca.

10 Empezando a cuajar el maíz.

todo ese mal y nos dejaron tristeza, nosotras no lo quisimos, no lo hicimos con conciencia.

Porque así pasó con nosotras

Después de la guerra comencé a participar en unas reuniones que se hacían en la colonia Delicia, yo no sabía que eran parte de la organización Mamá Maquín. Luego me integré directamente a la organización, trabajé ahí seis años. Ahí desperté, antes dejaba que me maltrataran porque tenía miedo y porque soy mujer, pensaba que no tenía derechos. En Mamá Maquín supe que las mujeres debemos conocer nuestros derechos. Yo era una persona dormida, inconsciente, pero gracias a Mamá Maquín aprendí cosas buenas y a dejar atrás todos esos obstáculos que no nos permiten hacer muchas cosas.

Me puse muy contenta de pertenecer a esa organización y de ir a las actividades. Trabajábamos en cuatro comisiones: la de derechos, la de salud, la de tierra y la de participación ciudadana. A veces escuchaba y entendía lo que decían en las reuniones pero no podía responder, poco a poco fui aprendiendo. Estoy feliz por todo lo que deseo hacer, aunque con pobreza y enfermedades, aunque la gente y los familiares hablen mal de mí por mi participación. Aprendí a leer y a escribir, a defenderme como persona, sé que puedo hacer denuncias cuando hay injusticias. Mamá Maquín nos apoya a las mujeres en el tema de justicia, de derechos de las mujeres y en otras actividades que deseemos, nos acompaña cuando hacemos una denuncia.

Después llegaron Maritza y Amandine; ellas le dijeron a Isabel que si conocía a mujeres que habían sido violadas, que era tiempo de que dijeran lo que tienen guardado en el corazón. Después nos dejaron ellas y llegaron Angélica y Paula. Gracias a esta organización fue que fuimos capaces de hablar de lo que nos había pasado. Nadie sabía que habíamos sido violadas o si habíamos quedado mal, por el miedo a que nos mataran tuvimos que huir, nos pasábamos con gran sufrimiento y tristeza. Antes teníamos miedo de que alguien más lo supiera pero después nos enteramos de que muchas fueron violadas; yo traje a las mujeres, lo comentamos y les dije: “ahora hay un lugar donde podemos expresar lo que nos ha sucedido, ustedes quieren apoyarme, hagan el favor de decir lo que nos hicieron y lo que sucedió”, así nos fuimos juntando todas.

Las organizaciones de mujeres en Margarita tienen un programa de radio en Chuj¹¹; yo encendía mi radio y escuchaba lo que ellas contaban de su organización, a veces me ponía alegre o me ponía a llorar, entendía las cosas que ellas pasaron porque así pasó con nosotras. Nos dimos cuenta de que también es nuestro derecho decir lo que sentimos y denunciar frente a las autoridades lo que nos sucedió. La justicia para mí significa pedir demanda por los sufrimientos y los dolores que pasamos y que se castigue a los culpables. Como no sabemos si estos hombres están vivos o no, mejor hay que pedir justicia con el que mandó a los ejércitos a hacer esas cosas, como el Berger o el Ríos Montt, porque ellos son los dueños, y si hubo guerra es el gobierno el responsable. Ellos gozan y se divierten con el dinero y las riquezas de nuestra tierra.

11 Lengua mayense del altiplano occidental de Guatemala.

Hubo una parte buena y otra mala. Los guerrilleros se levantaron y nos hicieron favor de luchar por el bien, pero para pedir justicia también los denunciaría por lo que me hicieron, aunque sea con miedo, pero lo voy hacer. A veces lo que pasa es que las mujeres no saben hablar castellano y aunque demanden no les hacen caso, muchas no se defienden porque tienen miedo con sus maridos o con sus mamás. Hay algunos hombres que drogan a las mujeres para violarlas. En la comunidad una vez se enteraron de eso y querían quemar vivos a los violadores, ellos se escaparon pero siempre están amenazados de que si vuelven los van a quemar; en nuestra costumbre no hay castigo para los hombres que violan, lo que pasa es que si violan a alguna muchacha, ella es la que queda sin valor, ya nadie se enamora de ella porque ya la usaron. La violación siempre ha estado ahí, antes de que pasara la guerra ya había hombres que tomaban y eran mañosos, pero ahora la gente se está despertando con las organizaciones; cuando yo escucho que han violado a alguien me siento mal, me da tristeza, me siento molesta, como que si a mí me estuviera pasando.

No obedecemos, sí respetamos

Yo sigo con mi esposo Francisco. Antes él me pegaba pero ahora ya no me dejo. Tuve cinco hijos, dos mujeres y tres varones; en este tiempo sí estoy gozando con él, me da libertad de andar, participo en las reuniones o en los talleres, me siento feliz porque trabajo de comadrona y porque aprendí a escribir mi nombre y a hacer mi firma, me siento como un chucho al que sueltan. Antes era como si no fuera una persona, no

conocía la importancia de mi vida. Para mí es algo bueno que las mujeres indígenas porten su traje, yo soy indígena y llevo mi cultura, nunca me he sentido mal de ser así, me enseñaron que es bueno mantenerla. A algunos ladinos no les gusta que seamos indígenas y a veces nos molestan cuando vamos en los buses o se burlan de nosotros cuando vamos a trabajar; la gente dice que al ladino se le respeta y se le obedece más, pero nosotros no obedecemos y también respetamos.

En la comunidad la gente se ríe de nosotras y habla mal, dicen que ya no queremos a nuestros maridos y que somos sinvergüenzas, haraganas. Esa gente dice así porque son ignorantes, no entienden; nosotras invitamos a otras mujeres a participar pero ellas no quieren, tienen miedo a sus esposos. A mis compañeras a veces les da miedo regresar de las reuniones sin nada para el esposo, les entregamos un poco para poder salir, como chuchos mostramos un poco para que nos suelten.

También me voy a la iglesia a participar en el rosario y en la misa, en esos lugares me siento bien, encuentro paz, pido a Dios por mi salud y por mis pecados, pido por nuestros gobiernos, por los enfermos, por los impedidos, por los presos, por las organizaciones y para que nos ayude. Para mí casarme por la iglesia es importante, significa la unidad entre mi pareja y yo, para que no me engañe, porque él a veces me engaña, y si estuviéramos casados ahí lo regañarían y le darían consejos para que ya no lo siga haciendo.

De repente me entero de que para la iglesia nuestras costumbres no tiene valor, nos dicen que no debemos practicarlas; eso me

desanima un poco porque esa religión me la enseñaron mis abuelitos. Mi mamá me dijo una vez que la candela es la luz, ella ponía candela cuando yo salía, y mi esposo también practica la ceremonia; al que le rezamos es a Dios, al dueño de la vida, me siento una hija de Dios y de la naturaleza, soy de las dos partes y no puedo dejar a uno a un lado. Mantengo la costumbre de los antepasados y me siento tranquila. Me pongo a rezar con candelas, veladoras y pom¹², pido por el corazón del agua, de la tierra, del aire y de la naturaleza, enciendo mis velas por todo lo que existe en la naturaleza, yo misma voy a buscar el copal y lo enciendo, cuando hago eso, me alegra mucho el corazón.

Como si fueran mi familia

Son más de treinta años los que tengo de ser partera, les doy masajes a las mujeres y veo cómo está su matriz, les examino los glóbulos, las ayudo en el parto, les doy medicamento con plantas naturales; sé cómo se cuentan los días para no tener muchos hijos o las dietas que se pueden hacer para tener un hijo varón, eso lo aprendí con mi abuelito y con otras comadronas.

Después de la violación me dio un dolor como de agujas en mis venas cuando me venía mi regla, pero ya he mejorado bastante; a los treinta y seis años me dejó de venir y me puse muy contenta porque no tenía mucha ropa para estar cambiándome a cada rato. Ahora cuido mi cuerpo, lo estimo, ya no siento que estoy sucia, siento que mi cuerpo no tiene la culpa, que no tiene nada, está limpio, yo estoy limpia.

12 Especie de incienso.

Los años pasan y yo ya estoy grande, tengo relaciones sexuales con mi esposo pero ya no es lo mismo; ahora sólo tenemos relaciones cuando queremos, eso lo ha escuchado mi esposo también con las organizaciones y ya no me dice ni me hace nada. Soy feliz con él, si sabe que estoy enferma me respeta, me arregla la cobija y se duerme aparte; confío en él, lo conozco, es mi pareja, no siento como cuando me violaron porque eso fue una violencia, tener relaciones sexuales con mi esposo para mí no es pecado. No estoy segura si sería pecado o no estar con otro hombre que quisiera, pero sólo tendría relaciones si ese otro hombre fuera mi pareja, si no, estaría traicionando a mi esposo y destruyendo mi relación.

Voy a los grupos y me encuentro con las otras compañeras, es como si fueran mi familia. Cuando cuento mi historia me siento desahogada. Antes tenía miedo de decirlo y de que mi esposo se enterara, pero cuando me dieron mi resarcimiento le conté y no pasó nada. Por eso pienso que me gustaría contar mi historia a otras: para que se siga diciendo, para que así se den cuenta y tengan un poco de miedo, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas o mujeres. Ahora ya sabemos nuestros derechos. Podemos hablar. Eso es lo que yo deseo de la justicia.

Nentón, 2006

En 2005, Julia se encuentra con Actoras de Cambio. Decide unirse a otras 54 mujeres mayas de diferentes regiones del país, para empezar a hablar de la violación sexual sufrida durante la guerra y cambiar el destino que le había sido impuesto.

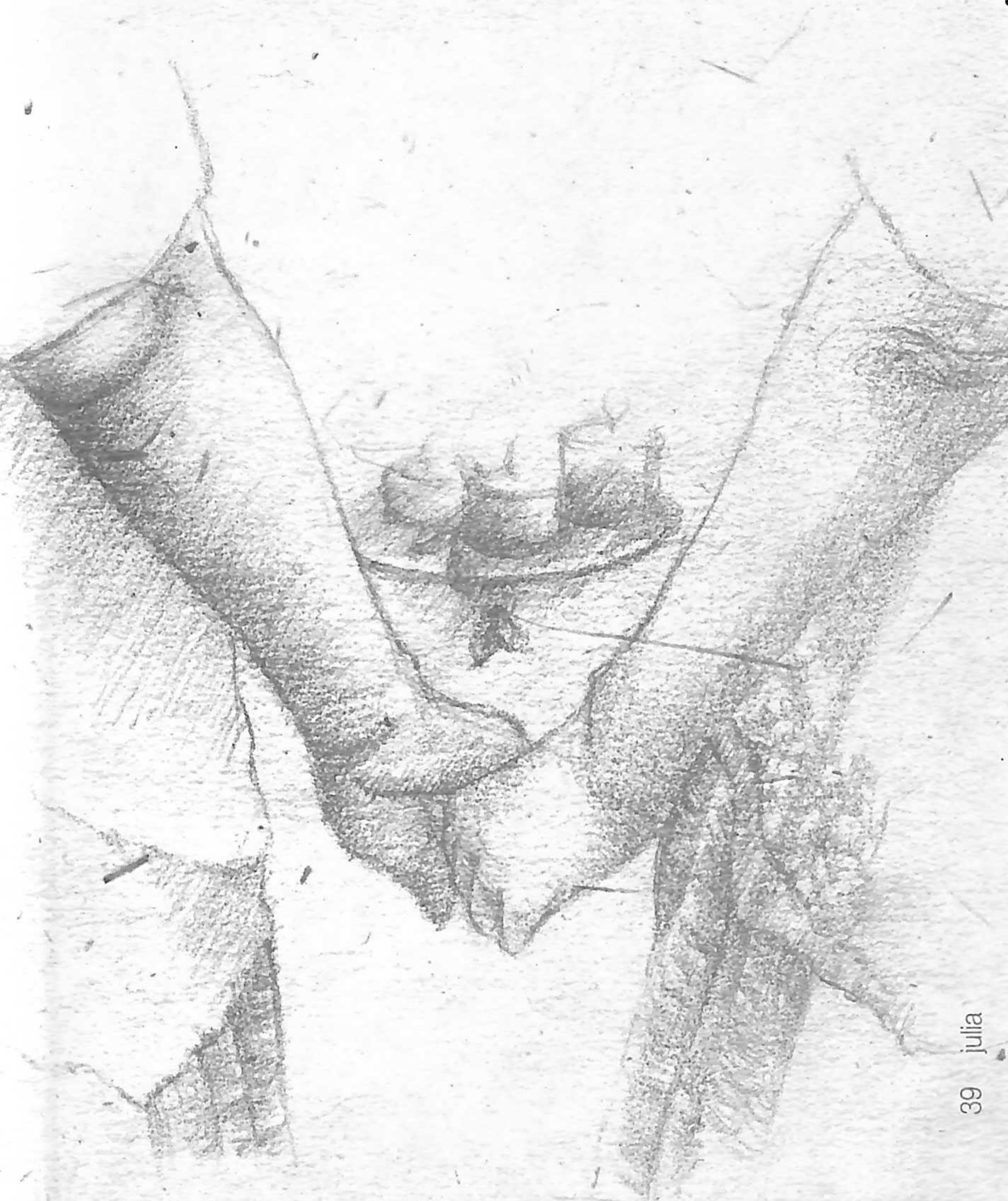
En este proceso, rompe el silencio, descarga su corazón, deja las ataduras de la culpa, de la vergüenza y del terror impreso en la piel. *Un arroyo es el camino que trajimos. Antes, había un montón de basura en este río, ahora quedó todo lo bueno, ahora ya estamos limpias como este río. La tristeza ya no la siento, pues ya la saqué. Ahora yo estoy tranquila y feliz.*

Juntas levantan la mirada. *¡La vergüenza es de ellos, no de nosotras! Cuando aclaré todos mis sentimientos, todo lo que sufrí en el tiempo de guerra, como que fue la medicina para mí. Me sentí una mujer grande.*

Acompañadas de otras mujeres, recuperan la posibilidad de sentirse dignas, seguras y cómodas con su propio cuerpo; recuperan las ganas de reír y de bailar. Más allá de sobrevivir, empiezan a vivir... *Pusimos hojas y flores al árbol.*

Y porque no quieren que le vuelva a pasar a otra mujer, ni a sus hijas, ni a sus nietas, deciden alzar la voz y recuperar la memoria de lo ocurrido a las mujeres mayas durante la guerra.

Hay que seguir hablando, hay que seguir diciendo, y seguir exigiendo nuestros derechos a la justicia, porque no es justo que nos violen, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas y a las mujeres.



1. Todo este proceso colectivo de sanación, autoconciencia, y reconstrucción de la vida ha sido registrado por el libro "Tejidos que lleva el alma", Amandine Fulchiron (coord.), Angélica López y Olga Alicia Paz, F&G Editores, 2009.
2. Desde el año 2008, lo han hecho en diferentes espacios públicos. Ver en particular las memorias del Festival por la memoria de Huehuetenango, "Sobreviví, Estoy Aquí, Estoy Viva"; y de Chimaltenango, "Yo soy voz de la memoria y cuerpo de la libertad".

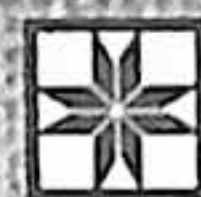
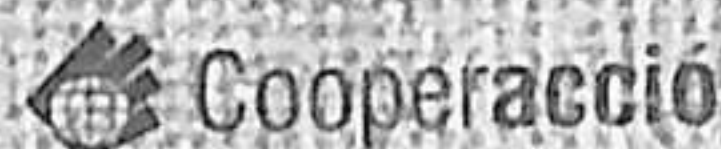
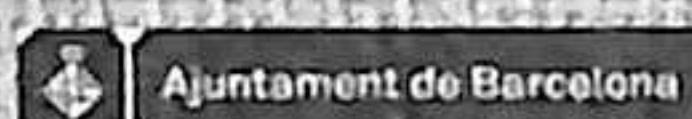
Estas nueve historias de vida se inscriben en un proceso de recuperación de la memoria en el que mujeres mayas decidieron romper el silencio y sanar las heridas dejadas por los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra ellas durante la guerra. Sus historias fueron la base del libro "Tejidos que lleva el alma".

A través de su voz, están convocando a la sociedad a conocer esta parte silenciada de la historia, a desarticular la guerra, el racismo y la violencia sexual de nuestras vidas, y escribir otra historia de dignidad, libertad y bienestar para todas las mujeres y la humanidad en su conjunto.

¡Gracias mujeres maravillosas por haber levantado la voz con tanta valentía, fuerza y dignidad!

¡Que sus voces sirvan de semilla para que algún día, no muy lejano, ya no le hagan daño ni a las niñas, ni a las mujeres!

ACTORAS DE CAMBIO



actoras de cambio